



MÁS DE
4,5 MILLONES
DE LECTORES

Una libra de carne

SOPHIE JACKSON

Una libra de carne

Sophie Jackson

Traducción de Lara Agnelli

Esencia/Planeta

Título original: *A Pound of Flesh*

© Sophie Jackson, 2015

© por la traducción, Lara Agnelli, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.esenciaeditorial.com

www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Anatol Misnikou – Shutterstock

© Fotografía de la autora: archivo de la autora

Primera edición: mayo de 2016

ISBN: 978-84-08-15454-9

Depósito legal: XXXXXXXX

Composición: XXXXXXXX

Impresión y encuadernación: XXXXXXXX

Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Wesley James Carter, recluso de la institución penitenciaria Arthur Kill, dirigió una sonrisa socarrona al guardia de prisiones que llevaba diez minutos pidiéndole su número de preso. Decir que el comportamiento insolente y la expresión divertida de Carter estaban poniendo nervioso al guardia calvo y con sobrepeso era quedarse muy corto. El tipo casi sacaba espuma por la boca.

Era viernes y pasaban cinco minutos de la hora de salida del guardia.

Razón de más para comportarse como un cabrón.

El hombre se pasó la mano por la nuca rechoncha con impaciencia y lo miró entornando sus ojos cansados.

—Escucha —le advirtió en un tono de voz amenazador, que sin duda era tan eficaz como un cuchillo en el cuello para otros reclusos—, es muy sencillo. Tú me dices el número, yo lo anoto en el formulario que tengo que completar para el psicólogo y me voy a mi casa.

Carter alzó una ceja, desafiante, y se quedó mirando a aquel tipo asqueroso.

Sin prestarle atención, el guardia se echó hacia atrás en la silla giratoria y siguió hablando.

—Si no me das el número, mi mujer se cabreará. Y entonces yo tendré que explicarle que un pringado me ha hecho esperar. Entonces se enfadará aún más y me gritará que los desgraciados como tú estáis aquí a pan y cuchillo gracias a nuestros impuestos. —Se echó hacia delante y añadió—: Así que, por última vez: el número.

Carter miró con indiferencia la mano del guardia, que había empezado a apretar la porra que llevaba colgada del cinturón, y

soltó el aire en un suspiro largo y aburrido. Si hubiera sido otro día, no le habría importado que el capullo lo intentara. Habría recibido la paliza con una sonrisa en los labios. Pero ese día no estaba de humor.

—Cero ocho uno cero cinco seis —respondió indiferente, aunque no pudo resistirse a guiñarle un ojo al final.

El guardia frunció el cejo con rabia y anotó el número en el formulario. Luego se desplazó sin levantarse de la silla y se lo entregó a una joven auxiliar administrativa rubia. El gordo de mierda era demasiado perezoso hasta para levantar el culo y dar seis pasos.

Carter esperó mientras la rubita tecleaba el número que llevaba siendo su sobrenombre durante los últimos diecinueve meses. Sabía lo que aparecería cuando se abriera su historial: robo de coches, posesión de armas peligrosas, posesión de drogas, alteración del orden público por ir borracho..., entre otras cosas. Contrariamente a lo que se creía por ahí, Carter no estaba orgulloso de esa lista de delitos y faltas que ocupaba dos pantallas llenas. Sin embargo, le daba una identidad propia, algo que había estado buscando a ciegas durante sus veintisiete años de vida. De hecho, seguía buscándola y, hasta que no la encontrara, esa lista era lo único que tenía.

Al carajo.

Se pasó la mano por el pelo rapado. Estaba harto de pensar en ello.

El sonido de alguien rasgando el papel que salía de la vieja impresora lo devolvió a la realidad.

—Bien, señor Carter —dijo el guardia, suspirando—, parece que va a quedarse con nosotros diecisiete meses más. Es lo que pasa cuando te pescan con cocaína.

—No era mía —replicó él sin emoción.

El guardia le dirigió una mirada de falsa compasión antes de echarse a reír.

—Qué pena.

Carter no respondió. No valía la pena. Si no metía la pata, obtendría la libertad condicional en semanas. Con brusquedad, le arrebató el formulario de la mano.

Acompañado por otro guardia de aspecto severo, Carter recorrió el pasillo largo y estrecho que llevaba hasta una puerta blanca, que abrió de una palmada. La habitación que había al otro lado era claustrofóbica y desnuda; olía a confesiones. A pesar de las muchas horas que había pasado en ese lugar dejado de la mano de Dios, todavía se ponía nervioso. El corazón le latía desbocado y le sudaban las palmas de las manos.

Con la espalda muy recta y los hombros agarrotados, se dirigió hacia la barata mesa de madera donde una especie de orangután sonrió al verlo aparecer.

—Wes —lo saludó Jack Parker, el psicólogo de la institución—. Me alegro de verte. Siéntate, por favor.

Carter se metió las manos en los bolsillos del mono carcelario y se dejó caer con desgana en la silla. Jack era la única persona que lo llamaba por su nombre de pila. Todos los demás lo llamaban Carter. Pero él insistía. Decía que era una buena manera de empezar a construir una relación basada en la confianza.

Carter opinaba que aquello era una chorrada.

—¿Tienes un pitillo? —preguntó, mirando despectivamente al guardia que lo vigilaba desde la otra punta de la habitación.

—Claro. —Jack tiró la cajetilla de Camel y las cerillas sobre la mesa.

Los dedos largos y pálidos de Carter forcejearon con el envoltorio. Llevaba dos días sin dar ni una calada, estaba desesperado. Tras dos cerillas rotas y varias maldiciones, pudo inhalar el denso y delicioso humo. Cerró los ojos, contuvo el aliento y, por un instante, se sintió en paz con el mundo.

—¿Mejor? —preguntó Jack con una astuta sonrisa.

Soltando el humo en su dirección, Carter asintió.

Se sintió impresionado al ver que Jack resistía el impulso de apartarse el humo de la cara. Ambos sabían que eso sólo serviría para que Carter lo repitiera con más ganas. Éste se aferraba a cualquier signo de debilidad o de irritación con la tenacidad de un terrier.

Al parecer, se trataba de un mecanismo de defensa. Lo habían discutido durante una de sus primeras sesiones. Carter lo tenía

tan bien integrado en su conducta que los demás lo percibían como una persona fuerte, dominante y —casi todos los reclusos y miembros del personal de Arthur Kill estarían de acuerdo— intimidante de la hostia.

Jack sacó del maletín un expediente de más de quince centímetros de grosor, lo abrió y hojeó los numerosos informes de expertos, jueces y testigos que, a lo largo de los años, describían al recluso como una amenaza para la sociedad, un tipo de carácter fuerte y un individuo inteligente que carecía de la confianza suficiente para canalizar ese don de manera correcta.

Ya, pues vale.

Carter estaba harto de oír que tenía mucho potencial. Sí, era inteligente, y también leal hasta la muerte con la gente que le importaba, pero no recordaba haber encontrado en toda su vida un lugar donde encajara. Siempre se había dejado arrastrar por la corriente. Nunca se sentía bienvenido ni cómodo en ninguna parte durante mucho tiempo. Además tenía que lidiar con los tarados de su familia y con sus amigos, que montaban un número cada cinco minutos.

Al menos, mientras estaba encerrado las cosas eran más sencillas. Los problemas de la vida cotidiana eran como leyendas urbanas que contaban los que venían de visita de vez en cuando. Aunque la verdad era que él apenas tenía visitas.

Jack llegó a la última página del expediente y escribió la fecha en la parte de arriba de una página en blanco. Luego apretó el botón de grabar de la pequeña grabadora que había entre los dos.

—Sesión sesenta y cuatro. Wesley Carter, recluso número cero ocho uno cero cinco seis —dijo Jack en tono monótono—. ¿Cómo estás hoy?

—Chachi —respondió él, apagando el cigarrillo y encendiendo otro.

—Bien. —Jack escribió algo en la hoja de papel—. Bueno, ayer fui a una reunión. Hablamos sobre la posibilidad de que asistieras a un par de clases aquí, en la institución. —Carter puso los ojos en blanco, pero Jack lo pasó por alto—. Sé lo que opinas, pero es importante que hagas cosas que te supongan un reto mientras estés aquí dentro.

Carter echó la cabeza hacia atrás y se quedó mirando el techo. ¿Un reto? Todo en la cárcel era un jodido reto. Era un auténtico desafío pasar un día entero sin partirle la cara a alguno de los gilipollas que había por allí.

—Hay unas cuantas opciones —siguió diciendo Jack—. Literatura inglesa, Filosofía, Sociología. Le dije al señor Ward y a los especialistas en educación, que, aunque habías tenido problemas con algunos de tus tutores en el pasado, ya no eras el chaval de diecisiete años que dejó los estudios a medias, ¿verdad?

Carter lo miró con escepticismo.

Jack juntó las manos y apoyó la barbilla en la punta de los dedos.

—¿Qué te gustaría estudiar?

—Me da igual. —Carter se encogió de hombros—. Sólo quiero que me dejen en paz, joder.

—Es uno de los requisitos para poder conseguir la condicional. Tienes que demostrar que estás progresando en tu rehabilitación. Y si para lograrlo tienes que asistir a un par de clases, pues les sigues la corriente.

Carter sabía que tenía razón y eso lo sacaba de quicio. Desde los quince años se lo habían ido pasando de mano en mano: de un abogado a un supervisor de la condicional, de un terapeuta a otro, y vuelta a empezar. A ninguno de ellos le importaba si hacía algo de provecho con su vida. Aunque Carter no tenía ni puñetera idea de lo que significaba «de provecho».

Sin embargo, tras diecinueve meses encerrado en Kill, empezaba a pensar que la idea de pasar el resto de su vida entre rejas no era tan atractiva como le había parecido en un principio.

Como adolescente descarriado y arrogante que era, le había gustado que lo admiraran por su reputación. Pero la excitación del momento ya se había desvanecido.

Ya tenía muy vistos los tribunales, los calabozos y las cárceles. Se estaba hartando del sistema penitenciario en general. Si no hacía algo para remediarlo, se iba a encontrar con treinta y tantos preguntándose qué coño había hecho con su vida.

Jack se aclaró la garganta.

—¿Has tenido alguna visita últimamente?

—Paul vino la semana pasada. Max vendrá el lunes que viene.

—Wes —Jack se quitó las gafas y suspiró—, tienes que ir con cuidado. La compañía de Max no te conviene.

Furioso, Carter dio una palmada en la mesa.

—¿Quién coño te crees que eres para decirme eso?

Carter sabía que Jack consideraba a Max O'Hare una especie de plaga capaz de contagiar a todos los que lo rodeaban con sus problemas con las drogas, su larguísimo historial criminal y su capacidad para hacer que sus amigos se metieran en líos. La presencia de Carter en Kill era una prueba de que tenía razón, pero le debía a Max un favor muy grande. Su estancia en la cárcel era simplemente su manera de pagárselo y no se arrepentía. Volvería a hacerlo sin dudar.

—Nadie. —Jack lo tranquilizó—. No tengo ningún derecho a hablarte así, ya lo sé, pero...

—Pues me alegro de que lo reconozcas —lo interrumpió Carter—, porque no sabes por lo que ha tenido que pasar en su vida. Por lo que sigue pasando. No tienes ni idea.

Dio una profunda calada al cigarrillo, observando a Jack por encima de la brasa encendida.

—Sé que es tu mejor amigo —comentó éste tras unos momentos de silencio tenso.

—Sí. —Carter asintió secamente—. Lo es.

Y por lo que le habían contado los que habían ido a visitarlo, Max lo necesitaba más que nunca.

Incluso cuando dormía, el mundo que rodeaba a Kat Lane era tan sombrío y opresivo que impregnaba sus sueños, llenándolos de miedo. Con sus manos menudas retorció las sábanas con desesperación. Apretaba la mandíbula y cerraba los ojos con fuerza, mientras echaba la cabeza hacia atrás, hundiéndola entre las almohadas. Tenía la espalda muy tensa y los pies se le movían, ya que soñaba que estaba corriendo, aterrorizada, por un oscuro callejón.

Un sollozo salió de su boca, atrapada como estaba en un pase de diapositivas infinito de la noche que había cambiado su vida, hacía ya casi dieciséis años.

—Por favor —gimió en la oscuridad.

Pero nadie acudió a salvarla de los cinco hombres sin rostro que la perseguían. De un salto, se sentó en la cama, gritando, sudada y sin aliento. Miró alrededor en la oscuridad y, al darse cuenta de que se encontraba en su habitación, cerró los ojos y se cubrió la cara con las manos. Respiró por la garganta dolorida y se secó las lágrimas, tratando de calmarse inspirando hondo y soltando el aire con lentitud.

Llevaba dos semanas despertándose de la misma manera y el dolor que sentía cada vez que abría los ojos le resultaba muy familiar. Negó con la cabeza, exhausta.

El médico le había dicho que no dejara las pastillas para dormir de golpe; que fuera bajando la dosis gradualmente. Kat no le había hecho caso, decidida a dormir una noche entera sin ayuda de medicamentos. Pero al parecer su decisión no había servido de nada. Dio un puñetazo a la cama, frustrada, y luego encendió la lámpara de la mesita de noche. Ni siquiera la luz sirvió para conjurar el miedo y la impotencia que las pesadillas le provocaban.

Con un suspiro de rendición, se levantó y se dirigió al baño. Al encender la luz, entornó los ojos, deslumbrada. Se miró al espejo con el cejo fruncido. Joder, parecía que tuviera más de veinticuatro años. Se la veía demacrada, con los ojos verdes apagados y sin vida. Se resiguió con un dedo la línea de las ojeras y luego se pasó la mano por el pelo. En vez de su voluminosa mata de pelo castaño rojizo, el cabello le caía seco y sin volumen sobre los hombros.

Su madre le había dicho que había perdido peso, pero ella no le había hecho caso. Su madre siempre tenía algo que decir.

Kat no estaba en absoluto esquelética —siempre había sido una mujer voluptuosa, con curvas—, pero últimamente los vaqueros de la talla cuarenta habían empezado a bailarle.

Abrió el armario del baño y sacó el bote de pastillas para dormir. Deseaba que llegara el día en que no las necesitara. Tampoco es que durmiera como un tronco cuando las tomaba, pero al me-

nos el dolor que nunca la abandonaba se amortiguaba un poco. Se tomó dos cápsulas azules y volvió a la cama caminando sin hacer ruido sobre el suelo de madera.

Kat había descubierto hacía ya muchos años que no existía un sueño lo bastante profundo como para permitirle escapar de sus pesadillas. Éstas estaban muy arraigadas; formaban parte de su esencia y nunca se libraría de ellas. Sabía que no existía ninguna pastilla ni ninguna terapia que pudiera borrar la oscuridad y el dolor que la atenazaban. Y ese dolor la había convertido en una mujer temperamental y muy decidida. Ocultarse detrás de una lengua afilada para disimular el miedo y la desesperación había resultado ser una manera muy eficaz de mantener alejada a la gente.

Volvió a apoyar la cabeza en las almohadas de plumas. ¿Mejorarían las cosas alguna vez?

No lo sabía. Trató de centrarse en que pronto llegaría un nuevo amanecer y eso supondría un nuevo día; cada vez un poco más alejado del pasado.